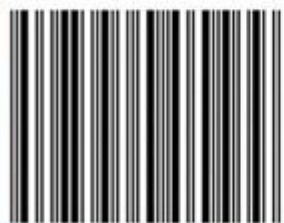


e-books Alfa Eridiani n' 15

ESPECIAL MITOLOGÍAS

VV.AA.

ISSN: 1695-1859



AL
2013

ESPECIAL MITOLOGÍAS
Varios autores

ESPECIAL MITOLOGÍAS

Varios Autores

Ebooks Alfa Eridiani N° 15

Edita: Asociación Alfa Eridiani.
Comité de Redacción: José Joaquín Ramos,
Graciela I Lorenzo, J.A. Menéndez, Daniel
Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio
Bayona y J. Javier Arnau.
Colaboradores: Iñigo Fernández.
Ilustrador de portada: Olga Appiani.
Conversión a epub y mobi: J.A. Menéndez.
Infografía portada: Graciela I. Lorenzo.

ÍNDICE:	
PRÓLOGO	4
PRIXIAS Y CAOS	
por Magnus Dagon	5
VENUS DESTILADA	
por J. Javier Arnau	12
EL PUEBLO DE LAS CABEZAS LARGAS	
por Adriana Alarco de Zadra	16
ESCUDO	
por Carlos Enrique Saldivar	19
EL ÚLTIMO CENTAURO	
por José Carlos Canalda	21
LA SOMBRA OSCURA	
por María del Pilar Jorge	24
NOTA BIOGRÁFICAS SOBRE LOS AUTORES.....	32

Subido a la red el 7 de abril de 2014

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.info>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



PRÓLOGO

Estimados amigos:
Hace ya casi un año que nos propusimos realizar un especial dedicado a la mitología y helo aquí.
Los relatos abordan la mitología europea más clásica como *Prixias y Caos* de **Magnus Dagon**, pasando por una mitología entre moderna y clásica como en *Venus destilada* de **Javier Arnau**; seguimos con la mitología latinoamericana de *El pueblo de los Cabezas Largas* de **Adriana Alarco de Zadra**, regresamos a la mitología nórdico-griega de *Escudo* de **Carlos Enrique Saldivar**; más clásico en su europeidad, se encuentra *El último centauro* de **José Carlos Canalda**. Finaliza el volumen con *La sombra oscura* de **María del Pilar Jorge**.

Esperamos que se diviertan tanto como nosotros realizando este volumen.

El Equipo Editorial



PRIXIAS Y CAOS

por Magnus Dagon

Prixias es un joven ladrón que ha viajado hasta las tierras hipérotas para cumplir una misión en la que el reconocimiento y la venganza se entremezclan. La suya es una historia en la que el sacrificio puede llegar a ser una virtud... hasta para los ladrones.

Tras años de búsqueda y vagabundeo, años en los que la oscuridad cayó sobre el mundo, Prixias alcanzó por fin el confin de las tierras hipérotas. Había sido enviado por los mismos Titanes a cumplir con su misión, pero él no era un simple subalterno. Podía ser sólo un hombre en una era llena de criaturas imposibles y crueles deidades, pero su determinación era el combustible del que se alimentaban sus pasos.

Y Prixias no era tonto, en absoluto. Sabía bien qué era lo que estaba haciendo, rescatar a una pitonisa del culto a Caos, la deidad de deidades, el origen de todo cuando no había nada. El mismo Zeus había prohibido toda ofrenda a Caos, pero los Titanes —o al menos la mayoría de ellos— siempre habían buscado la manera de desafiar a Zeus a lo largo de su existencia.

Sin embargo poco le importaba a Prixias toda aquella guerra sucia entre dioses y gigantes. Su motivación era de carácter más personal. Todo era por su madre. Sólo lo hacía por su madre. Una vez lograra vengarla, tal vez, se plantearía dejar de lado la misión que le había sido impuesta.

Miró de nuevo al cielo. La noche cubría su cabeza como un manto de tinieblas. Llevaba mucho tiempo siendo así, casi tanto que no lo recordaba. Tanto mejor para él. La oscuridad siempre favorece a los asaltantes furtivos, pensó. No obstante, había algo en su interior, una intuición despierta, que le decía que algo marchaba mal al respecto. Estaba en tierras yermas y extrañas, pero de algún modo estaba seguro de que aquella noche perpetua obedecía a un fenómeno caprichoso.

Tras avanzar a tientas por la ladera de un risco silencioso tuvo ante sí el portón frontal de un enorme templo. Las columnas eran grandes, más que las de los mejores oráculos de Atenas, y el espacio entre ellas bastaba para que el mismo Polifemo pasara sin rozarlas siquiera. Prixias avanzó con mayor lentitud y agudizó la vista, aprovechando la escasa luz de las estrellas. A simple vista aquel lugar parecía deshabitado, pero eso no era lo que, según los que le enviaron, debía esperar. Llegó a los escalones de mármol, subió todo lo lento que pudo y se parapetó tras una de aquellas columnas, más grandes aún de lo que había supuesto desde lejos.

Una vez allí se limitó a esperar. Para no impacientarse midió el tiempo en base al trazado de las constelaciones, y cuando hubo pasado el suficiente, asomó la cabeza. Había dos guardias al fondo, y tal y como esperaba eran guerreros de Micenas. Salió de su escondite y avanzó muy lentamente, con gran sigilo, como sólo él, el mejor



ladrón de toda Grecia, podía hacer. Cuando estuvo a menos de tres metros de distancia de ellos, pudo comprobar aquello de lo que ya había sido advertido: una venda cubría sus ojos. Eran ciegos por completo, pero no por ello guerreros menos formidables. El mismo Dios de los vientos del Sur, Noto, les había entrenado. Esos guerreros habían luchado tanto contra su furia destructora, capaz de arrancar casas y arruinar cosechas, como contra su sutil susurro, apenas un sonido seco en mitad del desierto. Sus sentidos eran agudos como los de un animal, pero nada podían hacer contra la portentosa habilidad de PRIXIAS para introducirse en el interior de los lugares prohibidos.

Avanzó a través de ambos soldados como si fuera el dueño y señor de ese lugar. De haber sido otro el que hubiera osado hacer algo así, ambos soldados hubieran desenfundado sus espadas al momento, alertados por el casi inaudible tamborilear de los dedos contra el calzado del intruso, y hubieran arremetido contra él, cortándole en tres de dos certeros tajos. En el caso de PRIXIAS, sólo sintieron un leve ruido, un ruido que bien podían achacar al rumor de la hierba en medianoche o al polen de las flores cayendo al suelo frío y resbaladizo.

PRIXIAS detuvo su avance y miró orgulloso a los soldados, inmóviles. No en vano había sido capaz de robar el carro de combate de Ares y los cien guantes del monstruo Briareo. Sin embargo tenía la certeza de que lo peor estaba por llegar. La visión de los soldados le había traído recuerdos de las bellas mujeres sordas que custodiaban el Paso de las Sirenas. La ceguera de los vigilantes era un signo de que debía estar preparado contra su verdadero objetivo.

Prosiguió su avance con calma, sin detenerse pero tampoco apresurarse. Estaba en su terreno, pero un paso en falso podía ser fatal, pues a lo lejos y a los lados a veces podía distinguir más de aquellos silenciosos centinelas, y dado que desconocía las limitaciones auditivas de sus enemigos, era mejor tomar las máximas precauciones.

Al fin llegó al corazón del templo. Una escalinata interior daba acceso a la parte superior, y en ella había un hombre con una máscara opaca que le cubría medio rostro. Miraba una estatua de una bella mujer, en posición tranquila y relajada. La estatua, al contrario que los otros materiales del templo, estaba esculpida en piedra. Su rostro transmitía una sensación de frialdad que iba más allá del material con el que estaba formado. Alrededor de ella había otras estatuas, en posiciones mucho menos canónicas. La mayoría mostraba un rictus de agudo terror.

El hombre del medio rostro se dio la vuelta y miró a PRIXIAS por un segundo.

—Incluso en la derrota se distingue la nobleza del enemigo —dijo mirando la escultura de la mujer.

—¿Quiénes son ellos?

—¿Acaso tú lo preguntas, que eres uno más de su calaña? Son ladrones. Sujetos que pretendieron llevarse lo que no les pertenecía.



Especial mitologías

—Mi nombre es PRIXIAS, Guardián, y no soy un simple ladrón. No me mueve la codicia. ¿Para qué querría una estatua?

—A estos hombres tampoco, joven PRIXIAS. Fueron enviados por los mismos que te envían ahora, los enemigos de los Dioses. Los mismos Dioses a los que debes respeto.

—Yo no debo respeto a ningún Dios. Todo lo que han traído a mi vida son desdichas.

—En ese caso, prepárate para sufrir el mismo destino que ellos.

—Tus amenazas no me asustan, Perseo.

—Sabes mi nombre... ¿quién eres tú?

—Ésa no es la pregunta, pretendido héroe de la antigüedad. La pregunta es qué eres tú. Yo digo que eres un asesino.

El Guardián pensó en quitarse la máscara, y así acabar con aquel joven que, ahora lo sabía, era más peligroso que los demás. Pero la curiosidad fue más fuerte que él, y le dejó relatar su historia.

—Hace mucho tiempo tú hiciste un viaje parecido al mío. Un viaje que te llevó más allá de las tierras hiperbóreas, con el cometido de matar a una criatura exiliada.

—Medusa —dijo Perseo con calma.

—Cercenaste su cabeza gracias al escudo que te otorgó Atenea, y luego, según dicen, se la ofreciste para que la incorporara a dicho escudo. Pero yo sé la verdad. Antes de hacerlo, arrancaste un ojo, un ojo que aún posees. Y eso fue lo que diste a tu señora, un monstruo decapitado y tuerto.

—¿Quién eres tú y por qué sabes esas cosas?

—Ya te lo he dicho, Perseo. Soy PRIXIAS, el mejor ladrón de toda Grecia. Por qué sé estas cosas, porque los Titanes me las revelaron, y ten por seguro que como buen ladrón que soy si me hubieran mentido lo sabría. La pregunta más importante que no me haces, que me ha traído hasta los confines del mundo conocido, es por qué voy a matarte. La respuesta es que tú mataste a mi madre.

Perseo se quedó paralizado, como si la mirada de la propia Medusa hubiera hecho efecto en él. De algún modo, sabía que el chico decía la verdad. Tenía esa determinación en sus ojos.

—No puedes ser hijo de Poseidón —replicó—. De la unión con la Gorgona sólo salieron criaturas como Pegaso.

—No, en efecto. No soy hijo de Poseidón. Mi madre me tuvo cuando aún era humana, cuando todavía era hermosa. Antes de que tu señora Atenea, a quien tú sirves ciegamente, la transformara en una criatura de pesadilla a la que nadie podría mirar para admirar la belleza de sus ojos. Antes de que Afrodita, celosa de su cabellera, la convirtiera en un nido de serpientes.



Especial mitologías

—Medusa pudo haber sido una víctima, PRIXIAS, pero ello no la exculpa de su comportamiento ni de sus horrendas acciones.

—Pero al parecer sí te exculpa a ti, que te crees capaz de ejercer justicia.

—Para mí esto es una penitencia. Maté a mi padre por accidente y por ello me negué a asumir el control de su reino. Me convertí en el rey de Micenas, pero no bastó para acallar la culpa y me exilié para convertirme en el Guardián de este templo.

—¡Ya antes de matar a tu padre cometiste un crimen, y ni siquiera el paso de los años te ha permitido darte cuenta!

—Pero por lo que veo tú sí te crees capaz de administrar justicia por ello.

—¡Esto no es justicia, Perseo! ¡Esto es venganza!

—En ese caso tu venganza muere aquí y ahora.

Se quitó la máscara, lentamente, y dejó su otra mitad del rostro al descubierto. PRIXIAS no pudo mirar, pero si lo hubiera hecho, hubiera visto el ojo de su madre implantado allá donde Perseo tuvo una vez el suyo. Si hubiera tan sólo echado una fugaz ojeada, se hubiera convertido al instante en piedra, pues no por tratarse de un solo ojo su poder era menos mortífero. En vez de ello, PRIXIAS se llevó la mano al cinto y desenvainó su espada. Nada más empezar a hacerlo una luz cegadora se instaló por toda la sala. Una luz que brilló con tanta intensidad que en cuanto la espada estuvo libre la noche murió al instante y el amanecer inundó el mundo.

Perseo se llevó las manos al rostro, súbitamente cegado.

—Esa espada... —dijo con voz débil, esforzada.

—Es Eclipse, la espada del Dios Helios. La robé mientras era de noche y él dormía, para poder defenderme de tu mirada traicionera. Su brillo sólo puede ser soportado por aquel que la maneja.

—Insensato... ¿acaso no te das cuenta de lo que has hecho? Has robado la luz del amanecer... por eso estábamos sumidos en sombras desde hace tanto tiempo.

PRIXIAS comprendió entonces que su intuición no le había fallado, y la era de penumbras que le había acompañado no era causada por su estancia en lejanas tierras. Tendría que reparar el daño causado, pero antes, acabaría de hacer lo que había ido a hacer.

Se acercó a Perseo, de rodillas en el suelo, y le atravesó de lado a lado con la espada refulgente. Al instante de hacerlo, el ojo de Medusa cayó y rodó hasta quedarse quieto en el suelo. PRIXIAS se acercó a cogerlo con cuidado, aun sin saber que no tenía de qué preocuparse. El brillo de Eclipse era tan intenso que la pupila del ojo miraba siempre en dirección contraria a la que él se encontrara.

Nada más guardarlo, se giró y vio a Perseo, moribundo, agitando una mano hacia él. Casi al mismo tiempo, las estatuas parecieron agitarse, como si estuvieran co-



Especial mitologías

brando vida.

—Has cometido un terrible error, PRIXIAS... tu odio hacia mí era legítimo, pero yo era... el carcelero de un mal mayor...

—¿A qué te refieres?

—Caos... el Dios Caos —dijo señalando con una mano ensangrentada a la estatua de la mujer.

—¿Dios? —se limitó a decir PRIXIAS.

—Te engañaron, gran ladrón... —dijo Perseo antes de caer muerto.

En ese mismo momento, las estatuas de piedra volvieron a ser de carne. Las que en otro tiempo habían sido hombres se despertaron con un sobresalto, como si salieran de una pesadilla. La mayoría de ellos se miraron a sí mismos, miraron a los demás, y salieron corriendo hacia una muerte segura a manos de los guardianes ciegos.

El resto de los que se quedaron huyeron también al ver a la mujer.

Cuando PRIXIAS la miró comprendió que había liberado a mucho más que una ya de por sí poderosa pitonisa. Aquella mirada de muerte era más aterradora que la del mismo Zeus, aquel porte era más frío y calculador que el de la poderosa Hera, y sus manos... sus manos parecían más sedientas de destrucción que las del belicoso Ares. Se movía con precisión, como una máquina, y a cada paso la tierra misma temblaba. Levantó las manos y el cielo se cubrió de nubes de tormenta.

—¿Quién eres? —preguntó aterrado PRIXIAS.

No obtuvo respuesta. Se estaba dando la vuelta para huir cuando se detuvo al ver entrar a los soldados de Micenas, con la misma seguridad que si su vista fuera completa. Uno de ellos trató de escuchar por encima del ruido atronador y caminó hasta donde yacía Perseo.

—El Rey ha muerto —dijo en voz baja, y luego se acercó hacia PRIXIAS como si le viera perfectamente—. Tú le has matado.

PRIXIAS supuso que en aquel momento el soldado sacaría su espada y le daría muerte, pero en vez de eso le agarró de los brazos y habló con furia, mientras la mujer, quieta, miraba a su alrededor, embelesada.

—Mi nombre es Trácides, ladrón. He servido a mi rey durante largos años. ¿Sabes lo que has hecho al matarle? —No esperó a obtener respuesta—. Has liberado al más antiguo de los dioses, Caos en persona. Un Dios que gobernó en los tiempos antiguos, y que fue desterrado por su hijo Urano a un cuerpo mortal.

—¡Matémosle, entonces! —gritó PRIXIAS por encima del ruido del cataclismo.

—No podemos hacerlo —respondió Trácides más calmado—. Antes del mundo, antes de ninguna otra cosa, estaba Caos. Todo era muerte y destrucción bajo su reinado, y por ello todo gesto suyo trae desgracias inimaginables. Matarle es como ma-



Especial mitologías

tar la existencia misma. Si muere traerá consigo la última desgracia, el fin de todo lo que conocemos, pues su muerte implica la nada, ya que para llegar a ella, él mismo debe dejar de existir.

Trácides se dio la vuelta sobresaltado, al darse cuenta de que Caos se acercaba hacia ellos. Se apresuró a desenvainar la espada, pero uno de sus soldados se interpuso en el camino y trató de acabar con su enemigo. PRIXIAS y Trácides se replegaron casi al tiempo que el soldado cayó muerto para que otro ocupara su lugar en la pelea.

—No le ha tocado, ¿cómo le ha matado?

—Es tal el poder de Caos, incluso confinado bajo cuerpo de mujer, que un simple parpadeo acaba con cualquier criatura mortal. Ahora escucha, no hay tiempo. Yo y mis hombres atacaremos a la vez para distraer al enemigo. No será mucho tiempo, pero suficiente. Debes sacarte un ojo y cambiarlo por el de la Medusa. Sólo así podrás detenerle.

Al tiempo que decía esas palabras, Trácides sacó un puñal y lo puso sobre la mano de PRIXIAS, que tenía el ojo en la otra mano. Sin más comentarios, se giró y avanzó hasta donde Caos estaba diezmado a los otros soldados.

Al principio PRIXIAS miró el puñal con una mezcla de miedo y repugnancia. Temía cometer un error fatal y matarse a sí mismo en el intento, pero tras ver la oleada de destrucción que estaba arrasando el templo y, tal vez, el mundo, comprendió que no tenía más remedio que ocupar el lugar del hombre al que más había odiado. Un destino, acaso, peor que la propia muerte.

Al tiempo que PRIXIAS, con inmenso sufrimiento, se sacaba el ojo y ponía en su lugar el de la Medusa, los soldados caían uno detrás de otro, como fulminados al instante. Todos salvo uno, Trácides, tan veloz que no otorgaba a su rival ni siquiera un segundo para parpadear. Finalmente la mujer, cansada de jugar, hizo un gesto con la mano medido a la perfección y un rayo cayó cerca del guerrero, haciéndole salir despedido contra una pared.

En ese momento ya sólo quedaba en pie PRIXIAS, que con el rostro ensangrentado y en medio de la confusión había aprovechado para desenvainar la espada de Helios y amenazar con ella al terrible Dios.

—Mortal estúpido —dijo el Dios con una voz capaz de derrumbar montañas—, ¿crees que esa luz podrá detenerme por mucho tiempo?

PRIXIAS sabía que tenía razón. La luz le obligaba a cerrar los ojos, gracias a lo cual aún conservaba la vida, pero no podría ser así por mucho tiempo. Sabía que todo debería acabar con un simple movimiento.

Se puso frente a la mujer, de pie, en posición relajada y con los ojos cerrados. Aferró la vaina del cinto. Un instante, un solo instante, decidiría el destino del mundo entero.

Trácides se levantó dolorido y de manera instintiva se giró hacia la fuente del



ruido. Si hubiera sido capaz de ver hubiera presenciado cómo Eclipse, la espada del Dios Sol, era envainada al tiempo que Caos abría los ojos con una mirada capaz de doblegar al propio Zeus. Sin embargo, sólo notó que los cataclismos cesaban al tiempo que el templo volvía otra vez a sumirse lentamente en el silencio.

No pudo ver cómo PRIXIAS envainó el arma más rápido que en un parpadeo, convirtiéndolo de nuevo en piedra al antiguo dios, y el templo y la bóveda celeste al completo se inundaban otra vez de sombras.

El ladrón se acercó a la estatua de la mujer. Tenía prácticamente la misma postura que cuando la había visto al llegar, salvo que tenía los ojos entreabiertos. Desde entonces dicen que cuando el fin del mundo acontezca Caos despertará y abrirá los ojos por completo.

TRÁCIDES se puso en pie y, escuchando su respiración, se acercó hacia PRIXIAS. Acto seguido le cogió del hombro.

—Por matar a nuestro rey mereces un castigo, y no me cabe duda de que no hay mayor castigo que permanecer aquí hasta que alguien venga a ocupar tu lugar.

—Así sea, entonces.

Y así fue como PRIXIAS se convirtió en el nuevo Guardián de aquel templo lejano y ya olvidado. Por mucho tiempo esperó que alguien llegara a librarle de su carga, pero los años pasaron y los guerreros, más viejos que él, acabaron por morir y dejarle completamente solo. Finalmente, abrumado por el dolor, se miró en un espejo del santuario y se convirtió a sí mismo en piedra. De ese modo, estando él ni vivo ni muerto, Caos siguió prisionero, y así sigue todavía.

Sin embargo, antes de otorgarse semejante final, lo primero que hizo PRIXIAS fue desenvainar la espada de Helios y, con furia, clavarla en el altar del templo. De ese modo la luz regresó a los cielos, y Helios nunca reclamó su bien robado. Pues cada vez que hay un eclipse es porque el mundo está en peligro y un héroe viaja hasta el templo, envaina la espada y se la lleva para defenderlo.

© *Magnus Dagon*



VENUS DESTILADA

por J. Javier Arnau

Dioses de la antigüedad clásica, ingenieros, modas y megabazares se dan cita en este texto que, en cierto sentido, nos recuerda que vivimos en un mundo donde todo se mueve por los negocios y no hay más leyes que las de la máxima ganancia y de la oferta y la demanda.

I: VENUS ENCAPSULADA

La *Venus Encapsulada* se destila y se embotella en distantes plantas de procesado ajenas al mundanal acceso de amor que colapsa las arterias de distribución de holopatentes y tecnoservicios. Llegada al punto de distribución la esencia, enfundada en alegres e irisados tonos de melancólica sutileza, derrama su fragancia en estratos de realidades adyacentes; ninguna más sólida que otra, ninguna colapsando los distintos niveles de acceso. Una mujer compra *Venus Encapsulada* y el clamor de arcanas trompetas resuena desde la mítica Asgard hasta los más mundanos arrabales de la ciudad menos cosmopolita que imaginarse pueda. En un solo suspiro, su efecto ha expirado, y la Diosa del Amor Destilada ha muerto a manos de la turba que asedia al comercio internacional. En consecuencia, los dioses ya no quieren hacer más negocios, y cierran sus Templos, ahora transformados en verdaderos megabazares, dejando a la supuesta humanidad con ganas de cerrar también sus negocios, irse a casa, y disfrutar de una cerveza viendo un partido de cualquier deporte en el que inter vengan buenos ejemplares de esa misma humanidad. Así, la melancolía por la pérdida de sus dioses, por la muerte de una *Venus Encapsulada*, y por un hastiado día de compras desaprovechado, se ve remitida por la vuelta a la ciudad del Circo de las Pasiones Perdidas.

Y la feria de algodón trenzado y de permavisiones en ascenso permanente se adueña, con su absurda fragancia, de un nicho comercial antaño propiedad exclusiva de la *Venus Encapsulada*.

II: LA CIUDAD

● ● ● y la antigua ciudad navegaba, encapsulada entre paredes de cromo, artificios de neón y publivallas de níquel y amatista. Mientras, la nueva ciudad se iba construyendo a sí misma, espectro todavía no autorizado a existir, pero con la mira puesta en un brillante futuro; tan brillante, que ese porvenir lo tendría en el espacio, orbitando el neoSol que los ingenieros galácticos habían construido para su único provecho. Mientras, los habitantes iban saludando su nuevo estatus brindando en holocopas de metal, con *Venus Encapsulada* de enésima generación. Una pléyade de autoaclamadas autoridades hace su aparición, mientras el Circo Virtual de las Cinco Constelaciones anuncia su nuevo espectáculo;



Especial mitologías

pero ya nadie parece interesado —aunque en su fuero interno sí que lo estén— y dejan pasar las invitaciones a un asiento de primera en el Museo de las Vacuidades.

Acabado el efecto de la *Venus Destilada* —apenas un suspiro, casi ni una esencia—, la apatía se adueña de todos, y la nueva ciudad se deja sin terminar, debiendo (sobre)vivir en la antigua ciudad, mientras ésta todavía posea la capacidad de navegar entre paredes de cromo y neón.

III: DIOSES

Con los últimos resquicios de cordura que le quedaban, decidieron abandonar la existencia por la puerta grande. Los lamentos por su marcha fundieron las nubes, disolviéndolas en cristalinas lágrimas de las que surgieron nuevas esencias destiladas. Mil y una noches duraron los efímeros extractos de Lágrimas de los Dioses, que tallaron una profunda gema en el corazón de la ciudad cuando se disolvieron bajo el hálito de los dioses, los nuevos dioses, que llegaron al planeta en lujosas naves de recreo. Recordaron hechizos pasados, saborearon auroras boreales en plena efervescencia, y dejaron de lado las fragancias de las esencias de los antiguos dioses. Eso fue lo que colmó la paciencia de los antiguos dioses, y eso fue lo que hizo que abandonaran este plano de la realidad... ¿para siempre?; ni ellos mismos lo sabían. «Siempre» es un término muy ambiguo. Por si acaso, dejaron su huella en ese planeta que les había acogido durante eones, junto con un mensaje que milenios después tal vez fuera descifrado y entendido: «*estos nuevos dioses no son sino simios evolucionados; no vale la pena congeniar ni pelear con ellos, pues están abocados a la autodestrucción, como ya les pasara en otros planetas. Cuando ello suceda, tal vez volvamos... si queda algún sitio a donde volver*».

IV: AFRODITA

A *frodita Enlatada* es la nueva competencia de *Venus Encapsulada*; nueva esencia, mismo efecto; nuevo nombre, mismos instantes de turbación. *Afrodita Enlatada* se produce en masa, en laboratorios de etérea y reminiscente laboriosidad, donde la sustancia es destilada a partir de burbujas de arcana holociencia y pérdidas magias de los Dioses de los negocios abolidos; porque las nuevas divinidades han llegado a la antigua ciudad de las plúmbeas publivallas, pero no han osado abrir —al menos todavía— sus megabazares teológicos. Y la humanidad se desangra intentando conseguir la nueva fragancia deletérea, el extracto concentrado de las vidas de los antiguos héroes, de pretéritas deidades que sólo habitaban en las memorias genéticas de una raza condenada a sufragar por siempre las cuitas de las estirpes que ocuparan su lugar en el cosmos.

Pero todo esto podría resolverse, tal vez, si la Nueva Ciudad por fin se pusiera en marcha, y saludara al neoSol desde los jardines galácticos a los que la *Venus Encapsulada* los ha encaminado. Pero, desafortunadamente para todos (o casi), *Afrodita Enlatada* es la tecnomoda de las esencias, fragancia condenada al pronto olvido... o



Especial mitologías

tal vez no, depende de las rutas por las que transite el uso de una humanidad cuanto menos, mohína y reacia a abandonar sus costumbres. Por eso Venus Encapsulada prevalecerá; pero ahora debe retirarse, una victoria a medias, frente a las nuevas esencias que venden sus virtudes por unos instantes de fama mal entendida.

Y surgen nuevas diosas del amor en liza transitoria; pero el peligro acaba de ser convocado: igual que aparecen nuevas diosas de la pasión, los dioses de la guerra también pueden querer su cuota de mercado. Y la sociedad, ahíta de placeres mundanos, tal vez loará la aparición de estas deidades.

Mientras, los Ingenieros debaten cómo enfocar la renovación de la Nueva Ciudad. Y la vieja Ciudad encara su época de decadencia por enésima vez.

V: PROBABILIDAD

Los Campos de Probabilidades Holísticos que conforman las líneas de distribución de *Afrodita Enlatada* y de *Venus Encapsulada* han colisionado entre sí, lo que ha llevado al colapso sobre sí mismas de dichas líneas. Y, lo que es peor, este colapso ha afectado a toda la línea, hacia adelante y hacia atrás: los laboratorios, fábricas y plantas de procesado se han visto afectados, y toda la producción se ha visto forzada a detenerse. Ya no hay *Venus* ni *Afroditas* al alcance de la turba descreída que conforma, eso dicen, la humanidad reciente. Y pequeñas marcas, sucedáneos inertes de una idea mal confiada, aprovechan el colapso de probabilidades para arañar unos puestos en el Etéreo Mercado de lo Ausente; *Libitinas Encajada*, *Febos Envasado*, *Cinxia Embutida...* y decenas más de ínfimas marcas menores destinadas a morir en una incruenta batalla a manos, tal vez, de *Aequitas Puros*.

Mientras la batalla en las arenas de la especulación bazarteológica se adueña de las mentes de los jugadores del juego de las esencias, ávidos supervivientes de batalla anterior profetizan, ante quien quiera escucharlos —en realidad, nadie— las nuevas modas destinadas a sustituir la recién formadas. El juego de las modas y tendencias sobrevive, ampliamente apoyado por una masa amorfa de ciudadanos sin arbitrio, entre las volubles fronteras de ambas metrópolis que deben convivir aún hoy día en precario equilibrio.

VI: MERCURIO Y APOLO

Por fin los Ingenieros parecen haberse puesto de acuerdo; ante las dificultades de construir una Nueva Ciudad, y temiendo que el neoSol sea subastado en quiméricos mercadillos, deciden construir todo un Nuevo Mundo que la albergue. Han tomado en cuenta todas las posibles variables —o eso han creído ellos—, y saben que el nuevo *Mercurio Desatado* y el no menos novedoso *Apolo Enlazado* serán claves en el desarrollo de la nueva ingeniería necesaria para tamaña empresa.

Convencidos los dirigentes tras la debacle producida por la suspensión en la distribución de *Venus Encapsulada* y *Afrodita Enlatada*, que llevó a la corporación al



Especial mitologías

borde del suicidio colectivo, los trabajos por fin comienzan. Tanteando con cuidado por rutas alternativas a las que circulaban las holoencias destiladas, las piezas del Nuevo Mundo son transportadas por aleotrabajadores impregnados por esencias de *Mercurios* y *Apolos*, las nuevas tecnodrogas de moda entre los trabajadores. Pero ¡cuidado, ya se advirtió de la volubilidad de las modas!; efectivamente, la moda es efímera y cambiante, y eso, en el campo de probabilidades necesario para poder diseñar la TecnoCreación, es una bomba. Sin embargo, como efecto no esperado, la inestable cualidad de la moda ha relanzado las líneas de distribución de *Afroditas* Y *Venus*, con lo que la sociedad, expectante ante la debacle del sinsentido que supone la pérdida de percepciones, se encuentra de repente de cara con su pasado reciente.

Restablecidos los campos de trabajo, cada holoencia determina su rumbo en función de sus objetivos. Y mientras la sociedad en general goza con los deseos recién recuperados, los trabajadores del Nuevo Mundo siguen trabajando para su pronta inauguración.

© J. Javier Arnau



EL PUEBLO DE LAS CABEZAS LARGAS

por Adriana Alarco de Zadra

Nazca y Vilca son personas que provienen de culturas diferentes y, sin embargo, mantienen una estrecha relación. Nazca, lideresa de la comunidad, le ha explicado a Vilca el privilegio que le dieron los dioses a su pueblo, un privilegio con el que los hombres de todos los tiempos han soñado, pero que muy pocos han podido conseguir. Se trata de un saber que aparentemente estaba perdido pero...

Cuando llegamos a la costa, nunca pensé que encontraríamos un pueblo tan extraño. Sus casas de piedra eran altas de techos de maderos fuertemente amarrados, sobre un cerro colorado. Llegué acompañando al grupo que bajó de la sierra donde se encuentra el lago de agua dulce, casi tan grande como este mar salado. Dormíamos al descampado.

Los costeños eran amables pero extravagantes. Sus cabezas largas terminaban casi en punta y sus orejas no sobresalían. Vestían túnicas estrechas de algodón. Lo que más nos sorprendió fue que volaran. Existía la leyenda de los «voladores» a orillas del mar, pero yo siempre había pensado que era un mito antiguo y que no tenía base ni consistencia. Sin embargo, los vi volar con estos mismos ojos, en las tardes de viento fuerte. Así aprendí cómo se desplazan las piedras y los hombres con el viento.

Pregunté si siempre habían vivido aquí.

Una mujer me contó que navegaron desde una lejana isla en embarcaciones. Allí habían dejado enormes imágenes en piedra mirando hacia acá para que los encontraran si no volvían. No pudieron regresar porque las tormentas destrozaron sus naves, sus equipos y enseres, y murieron casi todos. Algunos se salvaron, esperando que alguien viniera a recogerlos, pero no hubo nadie que llegara de la isla. Querían regresar a casa y probaron con las telas de algodón como velas en embarcaciones de totora y cañas, pero no tuvieron éxito.

Soñaban con regresar volando hacia su isla. Era su meta, su destino, su mayor deseo. La tradición que se transmitió de padres a hijos. Trataban en todas las formas de navegar por las aguas o por los cielos hacia la tierra lejana.

Me favoreció esa mujer, quien dijo llamarse Nazca, porque yo preguntaba con curiosidad para enterarme de cómo vivían en el pueblo. Ella me contó cómo volaban. Mientras hablaba la encontré atractiva y hasta hermosa. Se expresaba en forma clara, fascinante y no farfullaba como otras. Me observaba con sus ojos inquietos y burlescos en medio de aquella larga cabeza con poco cabello claro y aceitado. Era una mujer de mando, hija de un cacique. Los otros en el pueblo la obedecían sin chistar.

Contestó a mis preguntas, me tomó cariño y me llevó de la mano hacia su casa, en medio de la aldea, mientras a la compañía la alojaron al fondo del pueblo detrás



Especial mitologías

de muros sin terminar. No importaba porque no llovía y el calor de día era sofocante. Yo soy un cazador joven y fuerte, podía dormir al aire libre con los más ancianos, pero la mujer me lo impidió.

—Vilca —me dijo—, quiero saber de dónde vienes.

Entonces, le conté que en la sierra de los Andes cazamos para comer, sobre todo venados y aves. También hay guanacos y vicuñas salvajes que nos regalan sus pieles lanudas para cubrirnos. Con otros hombres he bajado por los valles hasta el mar para buscar alimentos. Cambiamos las armas de piedra y las flechas de caña por las redes de lianas y fabricamos anzuelos de concha y hueso para pescar. En los valles descubrimos frutas y otros animales que no habitan allá arriba en las montañas.

Nazca me ofreció de beber en un mate y me mostró los depósitos de pallares y de ají secado al sol. No sufren hambres. Sabe mucho y algo he aprendido. Los tejidos que la cubren y que adornan su casa son maravillosos. Se viste con encajes de algodón blanco de exquisita manufactura y los tapices colgantes muestran aves, zorros, jaguares y vizcachas multicolores.

Allí aprendí a volar, una tarde, cuando se levantó la paraca y me aclaró la mujer que este viento es bendecido por todos. También me contó que sus antepasados vinieron de otros mundos y llegaron a su isla volando en una extraña nave, desde una estrella que brilla de noche y de día desaparece. Había heredado de ellos el instinto del viaje de aventuras y del vuelo en las inmensidades. Lo llevaba en la sangre.

La embadurné con arena mojada y bebimos jugo de airampo. La complací, la serví, la engreí. Nadie sabe más que yo todo lo que puede enseñar una mujer mayor. No tuve el menor reparo al compartir su jergón y luego me explicó, mientras me acariciaba entre los muslos y me besaba el pecho y la cara, cómo había empezado a volar.

Un día, admirando el trabajo de los hombres mientras marcaban en el suelo los diseños que reflejan el movimiento de los astros, le procuraron un asiento de cañas. La cubrieron con una enorme tela tejida densamente, puesta a modo de techo para repararse del sol y de la arena que se levanta con la brisa. Estaba sujetada en alto por estacas de madera y, además, amarrada con cuerdas que envolvían la silla.

—Ya sabes —dijo Nazca—, que en esta zona la paraca hace remolinos de viento fuertísimos, por las tardes. Improvisamente, la tela que me cubría en la silla donde estaba yo sentada, se infló —continuó explicando—, se libró de las estacas que volaron y me alzó bajo el cielo de la tarde mientras al fondo se reflejaba el rojo del ocaso con ese sol gigantesco que entra dentro al mar a refrescarse por las noches.

—¡Qué experiencia tan terrible!

—Fue maravillosa. Cogí las cuerdas, atravesé los aires y pude ver las líneas en la pampa colorada. Así terminaron los hombres, finalmente, los dibujos: el mono de cola enrollada, el picaflor, la becasina, la araña y el lagarto. Con las instrucciones que les di desde lo alto, siguen la ruta de las estrellas e indican el camino a seguir para



regresar al hogar.

Poco a poco aprendió Nazca a manejar las cuerdas y a elevarse más alto sin la silla de cañas sino sólo con un asiento de hilos trenzados. Me confesó que voló alto, cada vez más alto, en las tardes de paraca y de viento tormentoso gozando mientras más se alejaba de la tierra firme. Desde arriba vio el mar con sus olas gigantescas, los desiertos en un revoltijo de nubes de arena, las montañas lejanas, el valle con su río de agua clara que baja serpenteando entre las dunas.

—Quizás, algún día, podremos volar de regreso hasta nuestra isla —indicó Nazca terminando su relato.

Tiempo después, junto con los demás cazadores, regresé a las alturas de la sierra. Por esa experiencia de volar, me creyeron un ser superior. Como cacique, he podido mover piedras en el aire y construir muros. Las mujeres tejen telas de hilos apretados y nos sirven de velas en el viento. Eso lo aprendí en el Pueblo de las Cabezas Largas, volando en el aire y observando las líneas de Nazca desde lo alto, un mapa de rutas con una meta fija, en el arenal costeño.

Sin embargo, durante los experimentos en el aire, hubo algunos incidentes mortales. Quizás algunos no manejaban bien las telas ni las cuerdas o no supe enseñar bien la técnica. Sucedió que cayeron unos y luego otros desde gran altura sobre las piedras y allí quedaron. Pasado el tiempo de la desgracia, se olvidaron de volar. Les había entrado el miedo místico, el terror a lo desconocido, el pavor de que quien se enfrenta al sol, será castigado. No insistí para no causar más muertes.

Pasados los años, envié un grupo a la costa y les rogué acercarse al Pueblo de las Cabezas Largas. Lo encontraron pero allí no habitaba más nadie. Estaba vacío. Quizás regresaron a su isla; quizás hayan cumplido su deseo de tantos años y volvieron a su pueblo nativo emigrando con sus telas al viento. Espero sólo que el arte de volar no se pierda en los recovecos del tiempo.

© *Adriana Alarco de Zadra*



ESCUDO

por Carlos Enrique Saldivar

El amor y el odio son sentimientos que nos pueden llevar a realizar los actos más sublimes o las acciones más perversas; el bien del ser amado o el beneficio propio. Aunque breve en palabras, esta historia es profunda en contenidos y significados.

Sujetó el objeto con firmeza. No sabía lo que hacía, a qué le conduciría dicho acto. No obstante, poseía un espíritu valiente. Estuvo a punto de dejarlo caer. Se hallaba herida, tenía una greña mutilada, las alas le dolían, cual ángel vencido. Se dispuso a llorar con energía, como había hecho pocos días antes, cuando sus dos hermanas, con las que había jugado de niña, resultaron asesinadas salvajemente. Su única salvación era el arma que tenía al alcance. Aquello no podría rescatarla de su destino, aunque sí podría mantenerla viva, así podría hacerse fuerte en poco tiempo y buscaría otros lares donde vivir sin miedos y con tranquilidad.

Una existencia llena de miseria, opacada aún más por aquellos hombres venidos de lejos, dispuestos a mancillar lo poco que le quedaba de cordura. No tenía por qué soportarlo, era débil, empero, tenía ciertos medios para darles batalla. No. Deseaba platicar con ellos, ser su amiga, crear una alianza con el fin de poder combatir al tirano rey que les había enviado para aquella misión carnicera. Se negaron, no podía razonar con esos machos, eran demasiado insensatos. Destruyeron las casas de los habitantes de aquella región, los cuales le rendían tributo a ella y a su belleza exótica, no dejaron a un solo poblador con vida.

La masacre se había iniciado en aquella misteriosa ciudad ubicada en el fin del mundo.

Ella se había resignado a morir, no quería ver sangre ni humillaciones nunca más.

Entonces apareció él, gallardo, hermoso, extraordinariamente guapo.

Embelesada, se aproximó hacia su persona para besarlo y recibió un lance de espada. Perdió un trozo de cabello, el cual cayó, sangrante y retorciéndose. Otro corte rozó su garganta, aulló de dolor y se alejó, intentando ponerse a salvo. Él la persiguió, poseía un mecanismo de vuelo divino, aunque no logró alcanzarla.

El dolor emocional, al darse cuenta de que dicho hombre nunca podría amarla, era peor que todos los sufrimientos físicos que la atosigaban en ese momento. Se cubrió el cuello con un espeso aceite regenerador. Su mancillada hebra se curaría sola con el tiempo, en días, en un par de semanas, tal vez en un mes.

Era menester trazar un plan.



Especial mitologías

Se acercó al campamento de los invasores durante la noche. El precioso mancebo dormía, abrazando su espada; la segunda y más valiosa arma estaba apoyada a unos metros de él, cerca de los restos de un fuego improvisado. La mente de ella logró dominar a los perros que guardaban el sitio. Tomó el objeto con sus manos. Y emprendió vuelo hacia la luna que alumbraba sus gruesas e interminables lágrimas.

Lo amaba. Pero su propia vida era lo primero. Él ya había escogido su camino.

Sabe que han desembarcado en su isla, que el guerrero se aproxima hacia ella con la espada en alto. La criatura dorada se encuentra de espaldas, sujetando el enorme escudo de oro. Se mantiene incólume mientras lo ve, mediante el reflejo, acercarse con sigilo. Él se prepara para atacarla. La hembra sujeta el instrumento con fuerza y se defiende. La espada rebota en el duro metal; ambas armas se parten. El hombre se halla solo y desprotegido ante su enemiga.

Queda convertido en piedra.

Ella se lamenta.

De inmediato, se aleja de ahí en destrozado vuelo.

¿A dónde irá? No lo sabe. Sólo es consciente de que a donde sea que llegue será temida.

Y estará siempre *sola*.

© *Carlos Enrique Saldivar*



EL ÚLTIMO CENTAURO

por José Carlos Canalda

Perimedes ha sabido encontrar el equilibrio entre la soledad y la necesidad de compañía, entre el deseo y la rectitud. A diferencia de otros, por años se ha reservado para el momento en el que encuentre a ese ser ideal con quien compartir el resto de su vida, y, cuando al fin lo encuentra...

Perimedes era un centauro. Pero no un centauro cualquiera sino el último centauro, único representante vivo de su otrora orgullosa estirpe. Exterminados por los lapitas tras una cruenta batalla, los hombres les habían dado por extinguidos de la faz de la Tierra, pero Perimedes había sobrevivido, de forma milagrosa, al holocausto de su raza.

Dado por muerto por sus enemigos al quedar su lacerado cuerpo oculto entre los cadáveres inertes de sus infortunados compañeros, Perimedes había conseguido abandonar penosamente el campo de batalla, una vez que los lapitas se hubieron retirado para celebrar su victoria, refugiándose en un bosque cercano donde, gracias al auxilio de unas compasivas ninfas, pudo sanar de las graves heridas que padecía.

Pasado algún tiempo y ya recuperado, a la par que consciente del peligro que corría si era descubierto por sus implacables enemigos, llevó una vida errante por las regiones deshabitadas del orbe, sin más compañía que los no siempre amistosos seres que habitaban en los bosques y las montañas. Era plenamente consciente de su condición de último centauro, pero no se acababa de resignar a ello. En especial anhelaba poder contar con una compañera, una centáuride que le permitiera hacer más llevadera su soledad y, quién sabía, quizá también tener hijos con los que devolver a la raza de los centauros su derecho a habitar en la Tierra.

Pero las centáurides habían sido siempre apenas una leyenda esquiva para sus congéneres, todos ellos hermanos entre sí al ser fruto de la impía unión entre su padre Centauro, a su vez hijo de Ixión y de la nube Nefele, y una manada de yeguas magnesias. Todos los centauros que Perimedes había conocido eran machos y, aunque entre ellos se incitaban mutuamente a emprender la búsqueda de sus homólogas femeninas, en la práctica solían conformarse persiguiendo a las yeguas salvajes que tenían el infortunio de cruzarse en su camino.

Perimedes nunca los había imitado. Consideraba bárbaras estas costumbres, y consciente de que jamás sería aceptado por una mujer, para las cuales él era tan sólo un abominable monstruo, siempre había alentado la esperanza de encontrar una centáuride.

Los centauros eran una raza longeva, y Perimedes tenía por delante muchos años para buscarla. Y así lo hizo, siempre atento a los rumores que corrían por los bosques y los desiertos que se extendían más allá del orbe habitado por los hombres.



Ora una ninfa, ora un sátiro, ora una náyade, de vez en cuando le informaban de la posible existencia de una centáuride más allá del horizonte, siempre más lejos. Perimedes era consciente de que en muchas ocasiones le mentían para verse libres de su presencia, que muchos consideraban una amenaza, pero pese a ello seguía porfiando con tenacidad en la búsqueda que constituía la única razón de su existencia.

Pasó mucho tiempo y pasaron también muchas vanas esperanzas, hasta que un día, en una remota región por la que no se atrevían a internarse ni los más intrépidos semidioses, una vieja arpía que allí habitaba le confirmó la existencia de un ser, mitad mujer, mitad yegua, más allá de las escarpadas montañas que servían de lejano horizonte a su cubil. Habían sido muchas las veces que a Perimedes le dijeron algo similar, pero en esta ocasión se sintió inclinado a creer al monstruoso engendro simplemente porque ésta no tenía nada que temer de él, sino más bien al contrario. Así pues, se despidió de su informante y emprendió el largo y trabajoso camino que le conduciría hacia su destino.

Una vez allí descubrió que, a diferencia de las desoladas regiones que había atravesado durante su largo peregrinar, las montañas servían de refugio, a modo de pétreo joyero, al paradisíaco valle que se abría en sus entrañas. Extasiado por vez primera en muchos años Perimedes trotó feliz por la fértil llanura, se bañó voluptuosamente en el cristalino lago y yació sosegado a la sombra de un venerable roble mientras comía el generoso fruto de los numerosos matorrales que crecían por todos lados.

Fue entonces cuando la divisó, apenas una fugaz sombra que se escondió temerosa en la espesura. Era ella, tenía que ser ella. No pudo verla, apenas si había llegado a vislumbrar el movimiento que su precipitada fuga originó en el denso follaje, pero para él fue suficiente. Enderezado sobre sus cascos, galopó a toda velocidad en busca de su huidiza esperanza.

Lo accidentado del terreno y lo frondoso de la vegetación le impedían verla, pero no le resultaba difícil seguir el rastro que ésta iba dejando en su precipitada fuga. Aunque él era aparentemente más rápido que la centáuride, ésta compensaba su desventaja con un mayor conocimiento del territorio por el que se movía. Sin embargo, cegada por el pánico que la embargaba, ella cometió un tremendo error al internarse en un estrecho y tortuoso desfiladero en cuyo fondo se levantaba una abrupta pared rocosa que le cortaba la huida, dejándola a merced de su perseguidor. Al verse acorralada y sin posibilidad de escapar, se dio la vuelta protegiendo sus espaldas con el muro, en un desesperado ademán de estéril defensa.

Pero Perimedes, que a causa de las revueltas que describía la hondonada no había podido ser consciente de esta circunstancia hasta que no estuvo literalmente encima de ella, no deseaba hacerle el menor daño, por lo que le sonrió al tiempo que, encabritándose, detenía de golpe su desenfrenado galope para evitar golpearla con sus cascos, manteniéndose a una prudencial distancia de la criatura... para mudar la sonrisa en una aterrada expresión de asombro.

Efectivamente se trataba de un ser que, al igual que él mismo, reunía en un



mismo cuerpo características humanas y equinas. Y también era una hembra, de eso no cabía la menor duda. Pero para desolación suya, algún dios cruel había decidido que la proporción fuera justo la opuesta a la deseada: la centáuride, si es que se le podía seguir denominando así, poseía un escultural cuerpo de mujer rematado por una cabeza de yegua.

Durante un tiempo que semejó ser una eternidad ambos seres se miraron fijamente a los ojos, humanos los unos y equinos los otros, sin intercambiar palabra alguna. ¿Para qué hacerlo? Ambos eran plenamente conscientes de lo que les había deparado el destino.

Al cabo Perimedes abatió la cabeza y, girando en redondo, retornó por donde había venido abandonando el idílico valle sin volver ni una sola vez la vista atrás. Hubiera sido una crueldad, para él y para ella, haberlo hecho. Mejor era así, asumiendo con entereza su destino.

Dicen que la historia del centauro Perimedes ocurrió hace ya muchos años, en los tiempos de los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos. Y afirman los cuentos que durante las frías noches de invierno narran las viejas al calor de la lumbre, que en algunas ocasiones todavía es posible vislumbrar, perfilada en el ensangrentado horizonte del ocaso, la doliente figura de un centauro que galopa sin freno hacia nadie sabe dónde.

© José Carlos Canalda



LA SOMBRA OSCURA

por María del Pilar Jorge

La presente narración es un auténtico thriller policiaco que se desarrolla en los arrabales rioplatenses a la par que una descripción de esa lucha que sostienen el bien y el mal desde que el hombre fue expulsado del paraíso. Es, también, una historia que nos invita a pensar, muy a pesar nuestro, si es correcta la idea de que el mal siempre está condenado a fracasar.

*Una mitología de puñales
lentamente se anula en el olvido,
una canción de gesta se ha perdido
en sórdidas noticias policiales.*

Poema: El tango, de Jorge Luis Borges

Me despertó el sonido de los aviones. Después, escuché con nitidez el silbido de las balas y más tarde percibí el clamor de gente que gritaba. Intenté desperezarme, pero mi cuerpo estaba entumecido; había dormido demasiado.

El lugar era oscuro y húmedo. Comencé a moverme, flexioné un poco las piernas y sacudí los brazos hasta lograr que mis miembros me obedecieran. Subí trabajosamente por la desvencijada escalera y tras forcejear un rato logré abrir la puerta.

Me encontré en un largo pasillo. Allí me topé con un grupo de personas, estaban pendientes de una radio que chillaba las últimas noticias. Todos hablaban de la revolución; nadie se fijó en mí.

Salí a la calle y empecé a caminar, siguiendo a una larga fila de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que entonaban rimas burlonas satirizando al presidente depuesto. En una esquina encontré abandonado un diario y ojeé los titulares: era el año 1955 y estábamos casi en primavera.

Escuché una melodía dulzona y entré al boliche. Me acerqué al mostrador y, de refilón, me miré en el espejo; tenía el pelo demasiado largo. Noté cómo dos parroquianos me observaban con curiosidad. Escaneé las botellas y le hice una seña al cantinero.

—Una ginebra, por favor —mi voz sonó un tanto aflautada.

El hombre me miró de arriba a abajo.

—¿Tiene con qué pagarme? —preguntó, con tono áspero.

—Bajé ayer del barco —tartamudeé—, me robaron la bolsa, perdí todo mi dinero.

Mis ojos azules y mi expresión lastimera lo convencieron.



Especial mitologías

—Yo soy Salustiano —me dijo, después de unos momentos.

—Y yo me llamo Gilberto Pouchon —dije. Gilberto Pouchon, un nombre como cualquier otro. El verdadero prefiero no mencionarlo, porque me recuerda a mi madre y a su desenfadado cinismo.

—Bueno, señor Puchón —dijo Salustiano—, bienvenido a Buenos Aires. Por esta vez, la casa invita.

Me sirvió un líquido transparente, que me quemó en la boca. En la otra punta del mostrador, un hombre golpeteaba, con precisión, un cigarrillo contra el dorso de la mano, luego lo encendió. Aspiré el olor del tabaco y entrecerré los ojos. El sonido de los tacos de sus zapatos, me hizo abrirlos nuevamente. Aunque era fea y gorda, descubrí que necesitaba sumergirme en el calor de su piel. Salustiano me guiñó un ojo.

—Ésa es Lola —me aclaró—, y tiene debilidad por los buenos mozos como tú.

Vací la copa de un trago y me acerqué a la mujer.

Era temprano y, desde la ventana abierta, penetraba un vaho de humedad que impedía ver la calle. Clima de mierda, pensó Enrique Sánchez, mientras observaba como el comisario Bermúdez se masajeaba la cintura. La obesa figura del comisario apenas cabía en el asiento, pero el hombre se resistía a llamar a los de mantenimiento para que le arreglaran el sillón.

Bermúdez, después de ojear el parte del día, levantó la mirada para observar a su subalterno:

—¡Está con la camisa afuera del pantalón, Sánchez! Y párese derecho, ¡usted es un desastre!

—Perdón, señor —murmuró Enrique Sánchez, sintiéndose consciente de las profundas ojeras que delataban su trasnochada—. ¿Puedo retirarme, o necesita algo más?

—¿Eh?, no... ¡Ah!, espere, espere, espere. Venga para acá un momento.

Sánchez lo miró, sorprendido.

—Supongo que ya leyó esto —dijo Bermúdez, señalando a la planilla con un dedo acusador.

—Sí —contestó Sánchez con voz ronca—, apareció otra mujer muerta y con ésta, ya son diez...

Bermúdez carraspeó, mientras se revolvía en su sillón:

—Y en ninguna se encontraron signos de violencia ni marcas en el cuerpo. El parte dice que tenemos que seguir investigando. Dígame, usted... por ahí, ¿escuchó algo?



Especial mitologías

«Por ahí» eran esos lugares poco elegantes que frecuentaba Sánchez, donde se podían encontrar mujeres fáciles y consumir bebidas espirituosas sin que nadie te echara a la calle, si habías tomado más de la cuenta.

—En los cafetines todos hablan del francés —contestó, mirando al suelo—, pero la mitad de lo que dicen son disparates, como que en una noche lo vieron, casi al mismo tiempo, en la Boca y en Recoleta. Eso sí, no trascendió que desconocemos cuál es el arma homicida.

Bermúdez dio un manotazo sobre el escritorio:

—¡Qué joda, che! Y el tipo parece que nos oliera, nunca lo podemos pescar.

Sánchez escrutó el rostro del comisario, comprendía su preocupación. Sólo tenían un identikit de ese tal Gilberto Pouchon, quien había sido descripto por el dueño de un boliche en las cercanías de donde se cometiera el primer crimen. A partir de ese momento, el sospechoso comenzó a ser rastreado por todos los bares y confiterías de la zona. Sin embargo, aunque muchos reconocían al hombre del identikit y agregaban nuevos datos sobre la elusiva figura del francés, Pouchon parecía intuir la presencia de los uniformados.

Sánchez adivinó que el comisario se traía algo entre manos y deseó poder escaparse de esa oficina, tomar un café fuerte y enterrarse en la pila de expedientes y legajos. No añoraba en lo absoluto las recorridas callejeras, en busca de malhechores.

Bermúdez le seguía hablando:

—Lo necesito, Sánchez, a usted lo conocen en ese ambiente y nadie sabe que es policía... ¿O me equivoco?

—¿Eh? No, no lo sabe nadie. Mire, señor yo...

—Ya sé... detesta usar el arma, pero aquello pasó hace mucho, tendría que superarlo de una maldita vez. —Bajó un tono la voz y agregó—: Mirándolo, nadie diría que es policía, además, mal que le pese, usted tiene mucha experiencia. Es la persona ideal para rastrear a ese infeliz, antes de que cometa más crímenes.

—Señor, Gandolfi o Ramírez lo pueden hacer mejor. Yo estoy fuera de estado físico.

—¡Qué estado físico ni que ocho cuartos! —exclamó Bermúdez—. No me venga con excusas tontas, usted es mi última carta. Bueno, a menos que prefiera que pida su traslado. —En la voz del comisario, se insinuaba una oculta amenaza.

Sánchez arqueó una ceja, le molestaba que Bermúdez lo extorsionara de esa manera.

—Está bien, señor, cuente conmigo. Haré lo que pueda, pero no me pida un milagro.

—¡Magnífico! Confío en usted, Sánchez. Espero que me traiga novedades pronto.

Cuando Sánchez salió del despacho del comisario, su cansancio se había disipa-



do por completo, sólo sentía bronca y fastidio. Estaba al tanto de que el tango era el talón de Aquiles de ese tal Gilberto Pouchon. Se comentaba que el hombre era capaz de perderse entre las faldas de cualquier mujer hermosa; con sus manos las hacía girar con delicadeza, transformándolas en frágiles muñecas que se diluían en su mirada, para luego ser encontradas muertas en algún callejón, con una sonrisa en el rostro.

Sánchez fue a su oficina, desenterró el arma del fondo de un cajón y la contempló pensativo.

Ella estaba borracha y yo también, era tarde y caminábamos abrazados por la calle. Sólo nos cruzamos con un par de ebrios inofensivos y dos mujeres que me «relojearon¹», para mirar luego a Clara con evidente envidia. La más joven se quedó prendada de mis ojos; pensé que en otro momento regresaría por ella.

Teníamos la ropa pegada al cuerpo por la transpiración. Clara era bonita y bailaba muy bien, yo estaba excitado y no podía esperar a llegar a la pensión donde ella vivía. La empujé hacia el callejón, Clara comenzó a reírse descontroladamente, mientras yo le metía la mano debajo de la blusa.

Necesitaba de su compañía, respirar su esencia, impregnarme de su vitalidad. Tenía su cuerpo, casi desnudo, apretado contra mí, el cabello olía a tabaco y perfume barato. Su boca era sólo un manchón rojo, abierta en una pequeña o, había sorpresa en su mirada. Aunque mi hambre era insoportable, logré contenerme: me gustaba demasiado, no deseaba asustarla. Por eso, solo le sonreí y acaricé con suavidad su piel desnuda. Mis manos paulatinamente recorrieron su cuello y sus senos para descender hasta su vientre. Clara gemía. Luego, mis labios aprisionaron su boca y nos fundimos en una sombra grotesca.

Sánchez esquivó una baldosa rota y entró por la ancha puerta anacrónica. Subió las gastadas escaleras de mármol y se encontró en el salón de baile. Ya adentro, dio un vistazo a su alrededor: las parejas se desplazaban por la pista, siguiendo el ritmo cadencioso del tango. Se acercó a la barra y pidió una bebida, luego giró levemente el cuerpo y miró como al descuido los firuletes que hacían los bailarines. Se entretuvo por un instante contemplando los pechos de una mujer rubia, que era guiada en su danza por un petizo morocho, al que le faltaban un par de dientes en la boca y unos cuantos pelos en la cabeza.

Había ido ahí por pura corazonada. Trató de seguir con la mirada a las demás parejas, tarea en extremo dificultosa, por lo amontonados que estaban todos y la escasa iluminación del salón. De pronto, algo llamó su atención. En el fondo alcanzó a

¹ Relojar: observar atentamente.



ver a dos bailarines, absortos en imposibles giros. Ella era una morocha muy atractiva, el hombre estaba de espaldas. Sánchez permaneció quieto, absorto, observándolos casi sin respirar; parecía hipnotizado, pero en realidad su mirada, su concentración, su esfuerzo estaban enfocados en la nuca del tipo. Sánchez esperaba el momento en que le pudiera ver la cara, buscando reconocer ese rostro de identikit, descrito por los que habían creído identificar a Pouchon en algún salón de baile. De pronto, en una fracción de segundo, la pareja dio un giro inesperado y comenzó a desplazarse por el salón, dibujando en su avance un corte, una corrida y una sincronizada serie de figuras. Mientras la mujer vibraba en un indescriptible movimiento de rápidos ochos, el hombre la guió hacia la puerta.

Sánchez trató de alcanzarlos antes de que se fueran. Le jugó en contra que el sitio que había elegido para ubicarse estaba lejos de la salida: la cantidad de parejas bailando le impidió avanzar con rapidez. Cuando por fin logró llegar al pasillo, Sánchez pensó con bronca que el dueño del boliche, con la plata que ganaba, debería haberse tomado la molestia de comprar una mísera lamparita. La oscuridad era casi completa y la escalera parecía una boca de lobo, apenas le llegaba un tenue reflejo de la luz de la calle. Palpó el revólver que llevaba en la sobaquera y descendió precipitadamente. Cuando llegó a la vereda, estaba agitado; miró a derecha e izquierda: el lugar se veía desierto.

El inesperado ruido de los tacos lo sobresaltó, luego suspiró aliviado. La morocha regresaba sola y en su rostro se dibujaba una sonrisa, y así, sonriente, cayó en sus brazos. *Maldito hijo de...* Mientras Sánchez sostenía el cuerpo inerte, a la oscilante luz del farol, la noche pareció llenarse de sombras parpadeantes. En medio de esa bruma incierta, alcanzó a distinguir una figura que se escondía. El criminal estaba ahí, burlándose de él.

Se mordió los labios para ahogar su bronca, en su mente confusa explotó la ira contenida. Dejó el cuerpo de la mujer en el suelo y sacó el revólver, apuntó cuidadosamente y disparó una y otra vez. Escuchó un gruñido y, por un instante, la sombra pareció encogerse.

El tiempo volvió al pasado, las imágenes regresaron: el cuerpo de aquel criminal tendido a sus pies, su compañero puteándolo, la ambulancia, las explicaciones, el maldito sumario. Se había amparado en su legajo impoluto y en la complicidad de Gandolfi que lo cubrió con una mentira generosa. Fue por eso que pidió el traslado a las oficinas, necesitaba estar a salvo de sí mismo, porque supo que lo iba a volver a hacer.

Acababa de hacerlo. Pero aunque todas las balas habían impactado en el blanco, la figura parecía haberse esfumado y en la calle quedaban solo él y el cuerpo de la muerta. Arriba, en el boliche, todos seguían bailando: nadie se había molestado por asomarse a averiguar el origen del tiroteo.

Sánchez avanzó unos pasos, buscando en las hendiduras del empedrado alguna mancha de sangre o cualquier otro rastro que fuera la prueba tangible de que el ase-



sino había estado allí. Solo vio mugre y desolación. De pronto, casi junto a su pie, advirtió que, de algún lugar, caían una, dos, tres oscuras manchas de sangre. El murmullo de una risa muy cerca, casi sobre su hombro, lo hizo incorporarse bruscamente. No sintió ningún golpe en la cabeza, pero por un instante, una molesta oscuridad le nubló la visión.

El eco de la risa pareció alejarse calle abajo.

—Buenos días, amigos. Hay más informaciones para este boletín. Buenos Aires...

»¡Urgente! Anoche, el peligroso delincuente Gilberto Pouchon atacó de nuevo. Sucedió en el barrio de San Nicolás. La víctima se llamaba Gladis Santucho, tenía veintinueve años y lamentablemente, pese a los esfuerzos médicos, no pudo ser salvada. El detective Enrique Sánchez, quien se encontraba en el lugar, persiguió al agresor con quien intercambió varios disparos.

»La policía afirma que Gilberto Pouchon se encuentra herido y que se tienen pistas sobre su paradero. Nos han informado que se intensificaron los patrullajes en esa zona, donde este malhechor fue visto por última vez. Esperamos que la policía detenga pronto a ese monstruo que asola a la ciudad. Se recomienda a la población que mantenga la calma. Hay más noticias para este boletín...

Sánchez tragó el café, dejó la taza sobre la mesa, y se restregó la cara con las manos. El relato sonaba muy bonito. «Intercambiaron disparos»: eso era lo que él había informado. Omitió que el otro no llevaba un arma de fuego y que él no le había disparado a las piernas. Había disparado a matar. Nadie lo supo, nadie lo vio, nadie se enteró de que se había asustado de una sombra, una sombra que se le había escurrido de entre las manos. Eso no habría sido para nada conveniente; porque los fantasmas no existen, los fantasmas no te pueden matar, los fantasmas no sangran.

Todavía resonaban en sus oídos las palabras del comisario Bermúdez:

—Che, que macana que no distes en el blanco —le había dicho—, para la próxima tráemelo de los pelos.

Por supuesto que lo haría, si era necesario lo buscaría hasta debajo de los adoquines de la calle. Claro, primero lo iba a tener que matar y nadie se iba a preocupar por acusarlo de nada, porque a esa altura toda la ciudad deseaba la muerte del «francés». Pouchon debía morir, para que nunca nadie supiera que Enrique Sánchez, por una vez, había sentido miedo.

Volver y descubrir que las cosas no han cambiado es como sentir que uno jamás se marchó. Es una sensación bastante satisfactoria, teniendo en cuenta que fue un humano quien me obligó a escapar. ¡Enrique Sánchez! Nunca me había gustado su cara. Cuando aquella noche lo vi entrar al salón, intuí que andaba en algo raro. Noté



cómo se acomodaba en la barra, tratando de hacerse el distraído. Pero no encajaba en el lugar: el bailarín de tango se mueve con la gracia de un gato, se estremece con los acordes, siente la música, la vive. Ese hombre, en cambio, se notaba tenso, estaba como al acecho. Observaba a todos y a cada uno; era evidente que no había venido a bailar.

Puedo oler a un «cana»² cuando lo veo y yo ya sabía que ése era uno. Con mano firme conduje a mi compañera hacia la salida. Ella, totalmente entregada a la música, respondía con rapidez a los movimientos de mis dedos sobre su espalda. Un corte, una corrida, luego sus piernas giraron en rápidos ochos para atrás y llegamos hasta la vieja escalera de mármol.

Nos deslizamos hacia la calle y ya en la vereda, la empujé dentro del portón entreabierto de una casa vecina. La besé en la boca con fuerza y aspiré su aliento, mientras un calor profundo me recorría las entrañas. Vi su mirada asombrada, no me odiaba, había una extraña paz en esos ojos. Pude percibir como su corazón comenzaba a aquietarse. Cuando la dejé ir aún respiraba; luego me esfumé en las sombras de la noche.

Hasta esa noche había subestimado a Sánchez, sin embargo, la furia que exudaba con el arma en la mano, delataba al depredador escondido y yo me acababa de convertir en su presa. Porque es cierto, él estaba en su derecho: yo las maté. Sin embargo, no fue mi culpa, son ellas quienes me buscan. Porque lo saben. Lo comprenden cuando perciben mi aliento y descubren mi boca sobre sus labios buscando, hurgando, arrancando, arrastrando ese último hálito de vida, que aún permanece en sus inútiles cuerpos. Pero la muerte es inevitable y yo hago que mueran felices.

Si alguna vez existió en mí algún rasgo de humanidad, de seguro se esfumó hace siglos; disfruto de no ser ni un humano ni un completo demonio. Soy solo ese espíritu errante, esa sombra oscura que te acecha a la vuelta de una esquina, en una noche cualquiera, mientras la luz lechosa de la luna hurga en los rincones y despierta a los fantasmas. Mi nombre verdadero, ése que me dio mi madre, el mismo que les dio a mis hermanos, es Lilim³. De todas maneras, prefiero que me llamen «el francés» o Gilberto o Sebastián o con cualquier otro nombre humano. No es bueno que tu aliento te conozca por tu nombre, eso acorta las distancias y complicaría la cosa.

Lo más importante es que hoy ya nadie se acuerda de los crímenes del «francés». Puedo recorrer con tranquilidad la ciudad, percibir sus hedores y descubrir nuevas miserias. Enrique Sánchez ya no está para molestarme; él se fue hace rato. Es una

² «cana» policía en la jerga rioplatense.

³ Los Lilims, según la mitología hebrea, son hijos de Lilith, quien fuera (según la leyenda) la primera esposa de Adán. Se cuenta que Lilith, luego de abandonar voluntariamente el paraíso, procreó a los lilims, con varios demonios, especialmente con Samael. Algunos de estos demonios, como el Lilu, eran espíritus errantes de sexo femenino, equivalentes a la figura del vampiro y el súcubo. A la misma clase de demonios pertenecen el Ildu Lilu y el Artad Lili existentes en la mitología acadia y sumeria.



pena, por aquellos tiempos me fue muy grato encontrarme con alguien parecido a mí. Hoy ni siquiera necesito esconderme, nadie se fija en mí: todos caminan ensimismados, hablando por sus celulares. Se escapan de la realidad, para sumergirse en el mundo que les ofrece la tecnología. Sin embargo, en algo no cambiaron. Aún van a la Plaza para festejar o para quejarse. También se quejan en las calles, cualquier conflicto genera una manifestación o un piquete. Todo muy conveniente: ya a nadie le llama la atención un muerto más o menos tirado en una vereda. Lo llaman «inseguridad», salen a la calle a gritar un rato y después siguen con sus miserables vidas.

Espero un tren y observo como una pequeña corre hacia la estación mientras su madre le grita y habla con una vecina.

—¡Hija 'e maquinista, tenía que ser! Ya sabe que en el próximo tren viene su padre y que se la va a llevar de paseo con él.

Sonrío. La niña es un hermoso ejemplar humano, pero es un pobre bocado para mí: aún es demasiado chica.

Subo al primer coche y mientras la pequeña abraza al guarda, yo me siento y veo alejarse la estación. Alguien me espera y nunca me gustó llegar tarde a una cita.

© María del Pilar Jorge



NOTA BIOGRÁFICAS SOBRE LOS AUTORES

Magnus Dagon:

Magnus Dagon (Madrid, 28 de septiembre de 1981) es el seudónimo de Miguel Ángel López Muñoz, escritor de ciencia-ficción, terror y fantasía. Ha sido galardonado con diversos premios, entre los que se encuentran el Premio UPC 2006, el Premio Ignotus 2008, y el Villa de Torrecampo 2009. Ha publicado alrededor de un centenar de obras, entre relatos y novelas cortas, tanto en editoriales y revistas de prestigio (Ediciones B, Dolmen Editorial) como en medios online, y ha sido traducido al búlgaro, francés e inglés.

El primer lugar que le dio la oportunidad de ser publicado fue la revista NGC 3660 (editada por Pilar Barba) en el año 2005 con la novela corta *El Espejo de Almas*. Desde entonces ha ganado, entre otros, el Premio UPC (el más importante galardón de ciencia ficción en España) del año 2006 por la novela corta *El Informe Cronocorp*, que fue publicada al año siguiente, junto con otras novelas enviadas al certamen, por Ediciones B. El libro, a su vez, ganó un Premio Ignotus en el año 2008. A partir del año 2008 decide publicar bajo el seudónimo de Magnus Dagon, tomando el nombre del protagonista del primer libro que escribió y que próximamente publicará. Además es el cantante y letrista del grupo Balamb Garden, cuya música suena en el hilo musical de tiendas de todo el país.

Novelas y novelas cortas:

- El Espejo de Ares - Decadencia; Libralia (abril 2014)
- The Jammers; Ediciones Eridano (2013)
- Los Caídos; Ediciones Eridano (2012)
- Reset; Axxón 216 (Novela corta, 2011)
- Los Siete Secretos del Mundo Olvidado; Grupo Ajec (Novela, 2010)
- El Informe Cronocorp; Colección Nova, Ediciones B (Novela corta, 2006)
- El Espejo de Almas; NGC 3660 (Novela corta, 2005)

Javier Arnau

Javier Arnau, Puerto de Sagunto, Valencia, es editor de la revista digital [Planetas Prohibidos](#), nominada al Ignotus 2012 y 2013 y de la colección Órbitas Prohibidas. Además, ha escrito y dirigido varias obras de teatro gestual para el grupo La Farola Apedreá, así como guiones para el programa *Crónicas Urbanas*, de Canal 7 TV de Sagunto. Su blog: Por Si Acaso: Previniendo Desastres: <http://jjarnau1.blogspot.com/>

Además de relatos, poemas, reseñas y artículos en varias revistas y webs, su obra literaria incluye:

- Premio Ignotus 2011 a la mejor obra poética por *Paraísos Cibernéticos*, co-escrito con Carlos Suerio, (Ediciones Eridano).



Especial mitologías

–Nominado al Ignotus 2012 por el poemario *Historia de la Yihad (Dune)*, aparecido en Alfa Eridiani.

–Poemario *Paisajes de Ciencia Ficción* (Ediciones Efimeras).

Ha colaborado en varias novelas compartidas, como *Aromas en Infrarrojo*, publicada en la revista belga *De Tjidljn*, y *Cabeza de Playa*, (Ediciones Eridano). Relatos y poemas publicados en las antologías *El día de los cinco reyes y otros cuentos* (Edcs miNatura), *Luz de Luna* (edcs Hidalgo), *Cortocircuitos* (Ediciones Efimeras), *Athnecdotario Incoherente vol. 1* (Athnecdotario/La Pastilla Roja), *Fantasmas, espectros y otras apariciones* (La Pastilla Roja), *Historias del dragón* (Kelsonia editorial), *Némesis, sangre y acero* (Albis Ebooks), *Ico: Involución* (Albis Ebooks), *Cerca de ti* (poemario, edcs Cerca de ti), *Más Allá de Némesis* (Sportula Ediciones), *Bocados Sabrosos 3* (Acen Editorial), *Ilusionaria 4* (Alupa Ed.), etc.

Adriana Alarco de Zadra:

Nacida en Lima, 11 de Julio de 1937. Estudió en Lima, Perú; en Boston, U.S.A., y en Roma, Italia. Es traductora y escritora. Obtuvo varios premios de dramaturgia infantil en Lima y en España. Tiene publicados libros de geografía del Perú, *Perú, el libro del Viajero*, 1978-1981; *El Libro de las Plantas Mágicas*, 1988-2000; *Los Minerales Maravillosos*, 1994; *Nuestra Fauna*, 1997. Entre 1983 y 2010 le han publicado otros doce libros, de cuentos infantiles y de dramas para escolares, en Perú, en España, en U.S.A. y en Italia.

Viajó a numerosos lugares acompañando a su esposo italiano que trabajó en la construcción de centrales hidroeléctricas en varios lugares apartados de los Andes y la Amazonia en Sudamérica y de puertos marítimos al norte de África, con una Empresa italiana.

Cuando vivió en Lima, tuvo a su cargo por muchos años la Casa Museo Ricardo Palma, como Presidenta de la Fundación que se ocupa de la manutención, renovación y reestructuración de la casa centenaria dónde vivió el escritor peruano Ricardo Palma.

Actualmente está en Italia, dónde viven dos de sus hijas y tres nietos. Su otra hija y otros dos nietos vienen a verla desde México cuando pueden.

Toma cursos de pintura al óleo y de acuarela y ha tomado parte, junto con los otros alumnos, en dos Muestras de Pintura en la zona de Trento. Escribe, traduce y hace deporte por lo que sus días están llenos de ocupaciones.

Carlos Enrique Saldivar:

Carlos Enrique Saldivar (Lima, 1982). Estudió Literatura en la Universidad Nacional Federico Villareal. Es director de la revista impresa *Argonautas* y del fanzine físico *El Horla*, además es coordinador adjunto del fanzine virtual *Agujero Negro*; las presentes publicaciones están dedicadas a la Literatura Fantástica. Es coordinador



general del fanzine físico y virtual *Minúsculo al Cubo*, dedicado a la ficción brevísima. Ha participado como ponente en congresos, coloquios, simposios, conferencias y encuentros literarios, dedicados, sobre todo, a la Literatura Fantástica. Actualmente dicta el taller de creación literaria *Argonautas*. Pertenece al grupo *Argonautas* (de escritores de ciencia ficción), al grupo *Coyllur* (de aficionados a la fantasía, el terror y la ciencia ficción) y al grupo *Locus* (de escritores y seguidores de la Literatura Fantástica). Ha incluido reseñas, artículos, ensayos, poemas, cuentos y microrrelatos en diversos blogs y revistas como *Ráfagas y parpadeos*, *Químicamente impuro*, *Breves no tan breves*, *Ciencia Ficción Perú*, *Velero 25*, *Crónicas de la Forja*, *Axxon*, *Cosmocápsula*, *Remolinos*, *miNatura*, *Tinta Expresa*, *Literalgia*, *Plesiosaurio*, *Internacional Microcuentista*, *Solo 4*, *Alfa Eridiani*, *Pohemia Lux*, *Ónice*, *TXT*, *En la sala de espera*, *Vicio Perfecto*, *Escritores por Escritores*, *Delirium Tremens*, *Salvo el Crepúsculo*, *Ojos de Papel*, *Fix100*, *Mal de Ojo*, *Penumbria*, *Monolito*, *SciFi-Terror*, *Fabulador*, *La ciudad de los espejos*, *El Doctor Clock* y *Cuentos Hispanoamericanos de Ciencia Ficción*. Cuentos, minificciones y poemas suyos han aparecido en antologías peruanas e internacionales como *Otros villanos*, *¿Le temes a la oscuridad?: Cuentos de terror y suspenso*, *Entre exilio y desierto*, *Los que moran en las sombras: Asedios al vampiro en la narrativa peruana*, *Cuento para jóvenes (Antología Ecuador-Perú, 1998-2011)*, *Otras voces*, *Somos libres*, *Disidentes 2: Los nuevos narradores peruanos (2000-2010)*, *¡Bienvenido, Armagedón!*, *El día de todos los malditos*, *Primeros exiliados* y *Horrendos amores*. Ha sido finalista de los *Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011*, en la categoría: relato. Ha sido finalista del *I Concurso de Microficciones* organizado por el grupo Abducidores de Textos. Ha publicado los libros de cuentos *Historias de ciencia ficción* (2008) y *Horizontes de fantasía* (2010). Ha publicado el relato *El otro engendro* (2012). Compiló las selecciones *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011) y *Ángeles de la oscuridad: cuentos peruanos de demonios* (2013). Correo electrónico: fanzineelhorla@gmail.com Blogs: www.fanzineelhorla.blogspot.com, www.agujeronegro2012.wordpress.com, www.minusculocalcubo.blogspot.com y www.jarjacha-wasi.blogspot.com.

José Carlos Canalda:

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En este primer apartado, es autor del libro *Luchadores del Espacio. Una colección mítica de la ciencia ficción española* (Pulp Ediciones, 2001, nominada al premio *Ignotus* 2002), y ha colaborado en los libros *La ciencia ficción española* (Robel, 2002, premio *Ignotus* 2003), *Memoria de la novela popular. Homenaje a la colección Luchadores del Espacio* (Universidad de Valencia, 2004) y *Del espacio sideral al lejano oeste. Novelas escogidas de Luis García Lecha* (Instituto de Estudios Riojanos, 2008), así como en las revistas *Gigamesh*, *Pulp Magazine* (premio *Ignotus* 2002 por el artículo *El erotismo en las novelas de a duro*), *Solaris* y *Valis*, y en las páginas web *BEM*, *Cyberdark*, *Sitio*



de *Ciencia Ficción* y *Stardust*. Se ha especializado en el estudio de la literatura popular española, habiendo dedicado numerosos artículos a los autores y a las colecciones de *bolsilibros* de ciencia ficción con los que se iniciaron en el género varias generaciones de españoles, entre ellas la suya.

En lo que respecta a los relatos, tiene publicadas obras tanto en papel (*Artifex*, *Asimov* –el cuento *El hombre que se burlaba del tiempo* fue nominado para los premios *Ignotus* de 2005–, *Espiral*, *Fabricantes de sueños 2004*, *Gurbo*, *Libro Andrómeda*, *Antologías de relatos de El Melocotón Mecánico*, *Menhir*, *Miasma*, *Parnaso*, *Pulp Magazine*, *Tierras de acero* y *Visiones 2007*) como en formato electrónico (*Alfa Eridani* –la novela corta *Cuando las estrellas brillen de nuevo* fue nominada para los premios *Ignotus* de 2004–, *Atlantea*, *Aurora*, *Axxón*, *BEM*, *Ciencia Ficción Perú*, *Efímero*, *La Fundación*, *Fobos*, *Libro Andrómeda*, *MiNatura Necronomicón*, *NGC 3660*, *NM*, *Revista Ochocientos*, *Página de Sadrac*, *La Plaga*, *Portal de Ciencia Ficción*, *Púlsar*, *Qliphoth*, *Rescepto*, *Sedice*, *Sitio de Ciencia Ficción*, *Tau Zero*, *Tierras de acero*, *Ubikverso*, *Velero 25* y *Vórtice*).

Ha sido co-antologista, junto con Antonio Cerveró y José Vicente Ortuño, de la antología *Fabricantes de Sueños. Selección 2005*, editada por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, y jurado en el premio Domingo Santos de 2006.

Ha participado como ponente en las jornadas de homenaje a la colección *Luchadores del Espacio*, con motivo de su cincuenta aniversario (Valencia, 2003); en las jornadas de homenaje a Luis García Lecha (Logroño, 2008), de las cuales fue asimismo uno de los coordinadores, y en el *II encuentro con los luchadores de la letras: los autores de Editorial Valenciana*, dentro de los actos de la Hispacon 2010 celebrada en la localidad valenciana de Burjassot

En su página personal <http://www.jccanalda.es> tiene publicada la mayor parte de sus trabajos dedicados a este género, tanto relatos como artículos y ensayos.

María del Pilar Jorge:

María del Pilar Jorge nació en Buenos Aires (Argentina) en el año 1946. Es abogada. Colaboró como traductora del idioma inglés para las revistas *Axxón* y *Sinergia*. Trabajó como redactora en ediciones *Andrómeda*, donde fueron publicados los libros de su autoría: *Retomando el camino, cómo sobrellevar la pérdida de un ser querido* (2008) y *Premoniciones y sexto sentido* (2008).

Sus ficciones han sido publicadas en los e-zines *NM* y *Axxón*, en los blogs *Químicamente Impuro*, *Breves pero no tan Breves*, *Ráfagas* y *Parpadeos* y *Poemia*; y en otros medios gráficos.

En el año 2009, su cuento *Una simple cuestión de supervivencia* fue incluido en la Antología *Visiones 2009*, que edita la AEFCFT.

En el año 2010, su cuento corto *Otilia* fue seleccionado para integrar la antología



Especial mitologías

Grageas 2, más de cien cuentos breves hispanoamericanos, en el año del Bicentenario, del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos Buenos Aires, Argentina.

Su microficción *La gota* fue incluida en la Antología *¡Basta! Cien mujeres contra la violencia de género*, de Macedonia Ediciones, que fue editada en el año 2013. En ese mismo año, en la *Antología de ciencia ficción, Primeros Exiliados* fueron incluidos sus cuentos *Apasionadamente Venus, Perdidos en Imboc* y *Perfección fugaz*.

Tiene su propio blog en: <http://anillosinvisibles.blogspot.com/>